

A TELEVISIÓN MEXICANA Y EL CRECIMIENTO NACIONAL



91

Javier Esteinou Madrid *

La pérdida del timón.

Tradicionalmente, la reflexión y el diseño de las políticas culturales en México se han caracterizado por considerar las problemáticas referentes al campo educativo, museográfico, arqueológico, etnográfico, operístico, dancístico, musical, literario, etcétera; pero en forma sistemática han venido marginando la inclusión de los medios de comunicación en el área. Esta enorme omisión, por una parte, refleja la existencia de una laguna esencial del sector pensante del país, y por otra, ha provocado una enorme contradicción entre lo que se siembra en las mentes por la mañana y lo que se destruye cognitiva y afectivamente por la tarde y la noche.

Así, en primer término, cuando el sector intelectual del país dibuja las políticas culturales sin la incorporación de los medios de comunica-

*Profesor del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-X.

ción modernos, lo que está pintando es sólo la sombra del problema y no la esencia de la realidad que vivimos en la sociedad actual. Es decir, al no considerar la presencia de los canales de información, lo que se aborda en esta reflexión es la realidad cultural mexicana del siglo XIX, donde no existía la comunicación de masas, y no la de finales del siglo XX que hoy vivimos; pues si algo ha cambiado tajantemente la realidad ideológica del país después de la conquista española, de la acción de la iglesia y de la intervención del aparato educativo en nuestra sociedad, es la presencia de los medios electrónicos de información. Es más, podemos decir con toda claridad, que existe una mentalidad, una sensibilidad y una imaginación nacional antes y otra después de la aparición de los medios de comunicación, y en particular de la radio y la televisión.

En segundo término, al pasar por alto la existencia de esta realidad elemental, se ha permitido flagrantemente que la sensibilidad que, con grandes esfuerzos, el Estado mexicano siembra por la mañana en las conciencias de los niños, jóvenes y adultos, (a través de la Secretaría de Educación Pública, la Red Nacional de Bibliotecas, el Sistema Global de Museos, el Programa Cultural de las Fronteras, la cobertura del Instituto Nacional de Bellas Artes, los circuitos de muestras teatrales, las casas de la cultura, el conjunto de zonas arqueológicas, la acción del libro de texto gratuito, etcétera), sea borrada en el atardecer por medio de los avanzados canales de comunicación; particularmente, el de la televisión.

Con ello, el sector "intelectual crítico" del campo cultural, paradójicamente ha ignorado que la emergencia de los medios de comunicación dentro de la esfera ideológica de la sociedad mexicana, representa la radical transformación del interior de la estructura de nuestra sociedad civil, y que el fenómeno más relevante que se ha producido, es la creación de una nueva dimensión ideológica del Estado nacional, vía la moderna extensión cultural de éste a través de los aparatos de información. Es decir, con la presencia de los medios de comunicación, y en particular el de la televisión, el Estado mexicano ha sufrido una gran mutación al interior de su esqueleto cultural, pues las tareas de construcción, dirección y cohesión ideológica que realiza, han entrado en una fase de extensión geométrica dando origen a una nueva faceta del poder nacional: la existencia del Estado Ampliado Mexicano.¹

La especificidad de este flamante Estado Ampliado en nuestra República se caracteriza porque a través de los apoyos tecnológicos que le brindan los canales de información, ha conquistado una nueva capacidad orgánica para realizar de manera más competente las funciones culturales que debe ejecutar como instancia rectora de la sociedad. Por ello, el nacimiento y la expansión de esta nueva zona del Estado Ampliado Mexicano se encuentran en íntima correspondencia con la evolu-

¹ Para una revisión más profunda sobre el problema de la ampliación del Estado a través de los medios de comunicación, consulta: Esteinou, Javier; *Los Medios de Comunicación y el Estado Ampliado*, Excelsior 3, 4, 5, 6, 7 y 8 de julio de 1988, p. 4; *Los Medios de Comunicación y la Metamorfosis de la Sociedad Civil*, Revista Comunicación y Cultura No. 13, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, marzo de 1985, D.F., p. 8 y *Las Tecnologías de Información y la Confección del Estado Ampliado*, Revista de la Facultad de Comunicación Social No. 6, Vol. 4, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia, 1985.

ción y organización que adopta cada nuevo sistema y proceso de comunicación que aparece en nuestro territorio.

La presencia de este moderno Estado Ampliado ha producido en los últimos 70 años un silencioso cambio drástico en la correlación de fuerzas culturales que delinear el proyecto ideológico del país, pues ha posibilitado la rápida y fuerte acción de nuevos grupos en la esfera cultural: el sector privado y el sector transnacional. Así, las fracciones monopólicas privadas supranacionales, durante el más breve lapso de tiempo ocupado en la historia de México para propiciar un cambio mental, han construido e internalizado en la población otro proyecto cultural de sociedad diferente al que, en el transcurso de décadas, había venido planteando el tradicional Estado nacional.

Las políticas culturales en México han venido marginando, en forma sistemática, la inclusión de los medios de comunicación en el área.

De esta forma, la capacidad de educación y de dirección ideológica de la sociedad que el Estado mexicano ganó a través de las armas en la Revolución de 1910, se ha ido perdiendo aceleradamente por la falta de aplicación de un control cultural sobre los medios electrónicos de comunicación. Esto es, el espíritu, la utopía y la visión del hombre nuevo que creó el movimiento insurgente de principios de siglo, se ha perdido rápidamente por la institucionalización que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) hizo de éste y porque el proceso de industrialización que surgió en el país desde 1920, creó, primero a través de la radio y después de la televisión, una nueva esperanza que se denominó "consumo" y que con el tiempo se convirtió en la moderna religión que hoy vivimos compulsivamente.

Esto significa que, sin que el aparato escolar del país haya anulado su acción, la principal fuerza educativa que guía a nuestra sociedad ha sido desplazada del tradicional sistema educativo, a la red de los medios de comunicación de masas. Por ello, hoy día, la verdadera dirección ideológica de nuestra sociedad, fundamentalmente, ya no se lleva a cabo de manera cotidiana en el aula, sino a partir de los canales colectivos de información, y en particular desde la televisión.

Con este modelo mental que se introduce mediante el desarrollo tecnológico de la radio y la televisión, se acelera el rompimiento de la reproducción del árbol genealógico cultural con lo nacional; es decir, la continuidad ideológica de la familia trigeracional compuesta por los vínculos establecidos entre hijos, padres y abuelos, que ha sido el principal sostén humano de este país en los últimos 400 años, acelera su rompimiento interno al atravesarse los medios electrónicos de comunicación como nueva variable mental y afectiva que interfiere en esas relaciones humanas. Así, en menos de una generación se siembran masivamente en nuestras conciencias las raíces de lo transnacional norteamericano, al grado de que hoy podemos decir, al estilo de Carlos Monsiváis, que en el territorio mexicano ya nació la primera generación de norteamericanos; esto es, en nuestro interior hoy ya hondean gran parte de las estrellas y barras de la bandera norteamericana, pues se ha perdido mucho la memoria de nuestro proceso histórico y rápidamente, en menos de 4 décadas, hemos empezado a adquirir la memoria de lo multinacional.

Por ello, aunque el Estado nacional cada día se esfuerza por ser más Estado en el terreno de las relaciones económicas, internacionales, po-

líticas, ecológicas, laborales, productivas, etcétera, en realidad, en última instancia, cada vez más es menos Estado, porque va perdiendo la capacidad de conducción moral de nuestra sociedad. En este sentido, en términos culturales, el sector privado del país, controlador de los medios de comunicación, cada día es más el verdadero Estado mexicano, y el Estado formal cada vez es menos rector nacional. Es decir, en las últimas décadas las corporaciones privadas de medios de comunicación han actuado como verdaderas secretarías de Estado, conduciendo el principal quehacer intelectual y la emoción colectiva que ha cohesionado al país.

Ante esta realidad comunicativa, observamos la presencia de un Estado mexicano cada día más débil, porque es profundamente apolítico, pues va en contra de la propia raíz de la política que es interesarse por la "polis", es decir, por la ciudad, por lo colectivo, en una idea, por el hombre.

Debido a eso, para corregir la actual dirección del espíritu nacional es estratégicamente fundamental incluir el papel social de los medios de comunicación electrónica, y en particular el de la televisión, dentro del examen, diseño y realización de las políticas culturales, ya que es a partir de estos desde donde se está construyendo cotidianamente y con mayor fuerza el proyecto mental de la República. Dada la pérdida de la rectoría cultural de la sociedad mexicana por parte del gobierno, actualmente es RAZON DE ESTADO el que éste planifique los medios de comunicación para el desarrollo del país. Hay que considerar que debido a la aceleración de la crisis global que vivimos, de nada servirá intentar corregir los pies económicos, los brazos tecnológicos, las manos laborales, el estómago agropecuario, los pulmones ecológicos del país, etcétera, si no modificamos el alma que le da vida a nuestra sociedad, porque el cuerpo, tarde o temprano, se volvería a desmoronar cada vez más y con mayor profundidad.

Balance de nuestros ojos sociales

A partir del surgimiento de la televisión en México en la década de los años cincuenta, ésta adopta el modelo comercial de desarrollo de la televisión norteamericana y enmarca a la mayoría su funcionamiento bajo el régimen de concesión privada que conserva hasta nuestros días. Es dentro de este esquema comercial que la televisión mexicana ha alcanzado su mayor dinámica de expansión e influencia sobre la cultura nacional. Más, a pesar de saber que la televisión privada dirige básicamente la formación de la cultura y el espíritu colectivo de nuestro país, creemos que por su naturaleza concesionada a fines empresariales de lucro, más allá de la rigurosa aplicación de la reglamentación legal y la ejecución de otras acciones correctivas menores, poco se puede realizar a corto plazo para que transformen su funcionamiento negativo sobre la mentalidad de nuestra nación, a menos que sucedan cambios drásticos en el terreno político que permitan modificar el actual sistema televisivo de nuestra República, o que sus directores cambien de mentalidad y sensibilidad, y acepten que el único sentido final que tiene el poseer el enorme poder global que les otorga el control de la televisión, es el de propiciar el crecimiento de los seres humanos y no su hundimiento.

Contraria, y paralelamente a esta realidad, aparece de manera muy tardía (a finales de la década sesenta) la televisión pública en nuestro territorio. Su lenta incorporación al panorama cultural de la nación, provoca que ésta emerja y madure con una personalidad social poco definida, con menor experiencia audiovisual, reducido apoyo económico, bajo nivel de credibilidad en el auditorio, proyecto cultural confuso, mayores presiones burocráticas, menor cobertura geográfica de influencia, grandes contradicciones en sus líneas de dirección, etcétera. Sin embargo, pese a estas realidades y considerando el actual panorama estructural de las industrias de la cultura audiovisual en nuestra República, la televisión de Estado es un espacio más favorable que el privado a ser transformado por la acción de la sociedad civil para contribuir al cambio de la inteligencia del país frente a los grandes problemas nacionales que nos agobian.

Es por ello que dentro de un clima de incredulidad por nuestros proyectos de desarrollo nacional, de devaluación acelerada de nuestra moneda, de desgaste de nuestras instituciones gubernamentales, de deterioro agudo de nuestro poder adquisitivo, de profunda desilusión civil, de relevo de nuestros poderes públicos, de depresión psíquica de nuestro estado de ánimo, de estancamiento de la economía mexicana, de reconversión industrial, de agotamiento de nuestro modelo de crecimiento hacia dentro, de enorme desorganización ciudadana, de erosión del consenso sobre la dirección nacional, de colapso del sector agropecuario, de deterioro de las relaciones humanas, de desgaste del discurso oficial, de apolillamiento de nuestras palabras y también de esfuerzos importantes del Estado mexicano por incrementar el nivel de vida de la población, nos preguntamos ¿qué hicieron las empresas estatales de televisión a través de sus políticas culturales, por atenuar la crisis de la población mexicana durante los 6 años de gobierno del presidente Miguel de la Madrid?

A riesgo de ser injustos podemos decir, en términos generales, que en comparación con la gestión televisiva del régimen del presidente López Portillo, en la pasada administración gubernamental la televisión de estado alcanzó avances importantes. Dichos progresos se dieron en el terreno administrativo, financiero, cultural, legal, participativo, tecnológico, y otros más.²

Sin embargo, no obstante los éxitos conquistados en diversos campos, también podemos decir, que salvo algunas excepciones, la información televisiva producida y difundida por ese proyecto cultural de gobierno, no se dedicó sustantivamente a crear conciencia sobre las principales necesidades que posee la población mayoritaria del país y que debemos resolver para sobrevivir. Es decir, pensamos que la televisión, tanto pública como privada, continuó desvinculada del análisis sistemático de los grandes obstáculos que impiden nuestro desarrollo nacional y de la difusión constante de las posibles alternativas para cada rama de nuestro crecimiento interno.

En este sentido, la televisión sigue funcionando como cerebro colectivo divorciado de las necesidades del cuerpo social, porque mientras

² Para ampliar más este panorama consulta: Esteinou, Javier. *Hacia la Primavera del Espíritu Nacional: Propuesta Cultural para una Nueva Televisión Mexicana*, Programa Cultural de las Fronteras - Fundación Manuel Buendía A.C., México D.F., enero de 1989.

vivimos cotidianamente una profunda crisis socio-económica, que está por convertirse en severo conflicto político, la televisión nos orienta a pensar, prioritariamente, en el triple eje cultural del consumo, los deportes, y las ideologías del espectáculo; y muy ocasionalmente, nos conduce a reflexionar y sentir los problemas centrales de nuestra sociedad. Esto es, la problemática nacional no pasa sustantivamente por la televisión, lo cual ha provocado la existencia de un modelo de funcionamiento esquizofrénico entre lo que difunde e inculca la programación televisiva y las necesidades o realidades que se viven cotidianamente en la sociedad mexicana.

La principal fuerza educativa que guía a nuestra sociedad ha sido desplazada del tradicional sistema educativo, a la red de los medios de comunicación de masas.

96

La evidencia de los antagonismos entre cultura televisiva y realidad nacional son tan abundantes que atraviesan el terreno ecológico, la dimensión rural, el campo de la salud, el área de la sociedad civil, las relaciones internacionales, el panorama económico, el horizonte educativo, el rubro de la alimentación, la situación de la niñez, el renglón del alcoholismo, la infraestructura de la identidad nacional, la desertificación del país, la carestía ascendente, la cuesta de enero, el desempleo y muchos otros más.³

Es por ello, que dentro de este marco de crisis profunda del país, debemos preguntarnos ¿qué tienen que hacer las estaciones públicas de televisión frente a sus receptores para impulsar un proyecto de superación nacional?

¿Desde dónde construir el nuevo oxígeno cultural?

A diferencia de la estrategia mercadológica o hollywoodense que concibe a los receptores como meros consumidores reales o potenciales diferenciados por estratos de ingresos y que ha sido enormemente asimilada por los modelos mexicanos de televisión, nosotros pensamos que las televisoras de estado deben comprender a sus auditorios como complejos sectores humanos enmarcados por múltiples problemáticas educativas, laborales, económicas, habitacionales, étnicas, nutricionales, lingüísticas, políticas, etcétera, que deben resolver para sobrevivir. Es decir, deben ser abordadas como sectores que se encuentran en distintas fases de desarrollo económico, político, social y cultural, y no como, meros receptores pasivos de información y decisiones centrales.

Por consiguiente, dentro de esta perspectiva, los medios audiovisuales deben funcionar frente a sus públicos como tecnologías culturales capaces de producir cargas informativas y atmósferas emotivas que pueden generar conciencia para enfrentar las contradicciones que impiden su progreso. En otras palabras, las televisoras deben actuar como instrumentos culturales de desarrollo nacional y regional, a través de la distribución de sensibilidades y conocimientos especializados por zonas de conflictos, y no como empresas aisladas productoras de abundante información parasitaria desvinculada de las urgentes necesidades municipales y estatales donde actúan; situación que ha sido enormemente

³ Para profundizar sobre este punto consulta: *Hacia la Primavera del Espíritu Nacional*. . . , op. cit.

demandada en la última década por los diversos grupos sociales y políticos de la sociedad mexicana.

Esto implica que las televisoras de estado como mediadoras culturales entre el gobierno y la sociedad, a través de la elaboración y difusión de diversas subjetividades y sensibilidades sobre nuestros obstáculos de desarrollo, deben gestar un ágil y permanente proceso de transformación de las estructuras mentales de la población frente a los grandes problemas nacionales y regionales que les impiden crecer. Ello exige, que las televisoras públicas, en conjunto con otros aparatos culturales, a través de su programación, formen una neocorteza cerebral de conocimientos y sentimientos en el país que nos permita armonizar coherentemente nuestras acciones colectivas como sociedad, con las urgentes necesidades nacionales de crecimiento que hay que solucionar para prosperar. Creemos que hoy día, *el mayor problema del país no es el pago de la deuda externa, ni el alto desempleo, ni la aguda inflación, ni la avanzada contaminación, ni la agobiante carestía, ni la ausencia de vivienda, sino nuestra transformación mental y emotiva como sociedad frente a nuestros conflictos de crecimiento para poderlos resolver.*

Esto requiere la creación de un nuevo proceso de educación cotidiana de nuestras inteligencias y sentimientos, por el cual podamos adquirir a través de las televisoras, mayores márgenes de claridad y sensibilidad colectiva sobre nuestras demandas de desarrollo y sus respectivas salidas. Tenemos que pasar de aplicar un proyecto televisivo narcotizante y fugaz, que en el mejor de los casos informa sobre algunos hechos, a instrumentar un proyecto de televisión que nos sensibilice sobre nuestras necesidades de desarrollo y movilice a la sociedad en función de la solución de las mismas. Ello implica producir para cada momento de nuestro crecimiento una ecoconciencia que nos habilite para abrir nuestros horizontes de conocimientos y sentimientos individuales hacia una nueva macrovisión que amplíe nuestros límites de lo posible y nos permita regresar al ciclo de la vida y de la naturaleza del cual vealmente nos hemos ido alejando.

Esta moderna acción de reeducación cotidiana, exige reducir la gigantesca distancia que actualmente existe entre la información y afectividad que producen las televisoras públicas, y las necesidades de desarrollo que enfrenta nuestra sociedad para afianzarse como nación. La televisión de estado tiene que convertirse en un instrumento que active el desarrollo de la sociedad y no que lo retarde: la televisión pública nos puede hacer dar pasos de avance infinitos en la ampliación de nuestra conciencia a ritmos más acelerados que los que se han logrado en décadas anteriores, para llegar a ser una sociedad superior y no una simple masa inferior de habitantes.

Por lo anterior, creemos que una televisión pública que no fomente en la población un permanente proceso emotivo y racional que nos conduzca al análisis y a la autocrítica para regresar a nosotros mismos como personas, como familia, como barrio, como delegación, como municipio, como estado, como región, como cultura, como nación y como humanidad, es una televisión que no generará un avance en sus auditorios, pues propiciará que nuestra conciencia y afectividad continúe evadiendo la realidad concreta sin enfrentar los obstáculos que debemos asimilar para superarlos y crecer. Esto fomentará que la gigantesca energía colectiva del país se continúe dispersando a través de los ciclos ideológicos del desperdicio mental que erosionan salvajemente

la formación de nuestra identidad nacional, y por consiguiente, prosiga el derroche de este monumental recurso psíquico de la sociedad para construir una nueva fase de la nación: nuestra energía mental. ¿De qué nos sirven los desarrolladísimos ojos de la televisión, si a través de éstos no podemos mirar a México, ni tampoco nuestra conciencia colectiva?

Hay que considerar que *los problemas de nuestra sociedad podrán ser resueltos en la medida en que colectivamente adquiramos conciencia racional y emotiva de su existencia y no en el porcentaje en que los olvidemos. La televisión debe optar por la vida y no por la muerte del país: si no forma conciencia sobre los conflictos nacionales, se inclina por la muerte de nuestra sociedad.*

Pensamos que para desentrañar la relación entre el funcionamiento de las televisoras públicas y la satisfacción de los más relevantes problemas nacionales, así como la construcción de este proceso afectivo y racional en el interior de la República, debemos respondernos algunas de las siguientes preguntas: ¿Hoy día, qué información es la que deben generar las estaciones de televisión frente a los requerimientos de desarrollo que encaran sus públicos? ¿qué mapas mentales hay que crear para las próximas décadas de la crisis nacional? ¿qué actitudes colectivas hay que introducir en los ciudadanos para atenuar la caída vertical del país? ¿qué valores hay que interiorizar para que los mexicanos nos sintamos seguros de ser mexicanos? ¿qué sensibilidad hay que despertar para fortalecer la cohesión de nuestro Estado-Nación? ¿qué ciclos culturales hay que armar para rescatar la identidad regional?

¿Qué clase de información hay que distribuir en los hogares mexicanos para alcanzar un crecimiento sostenido de 3.5 al 4 por ciento como pretende el gobierno mexicano? ¿qué conductas grupales hay que despertar frente al surgimiento de la nueva Revolución Industrial, ahora denominada reconversión industrial que cambiará radicalmente la estructura de nuestra sociedad? ¿qué tipo de realidades hay que difundir cuando el modelo de desarrollo que ha sostenido a la sociedad mexicana en los últimos 60 años ya se ha agotado y la era del petróleo ya vislumbra su fin? ¿cómo construir, a través de la televisión, un Estado Nación más sólido que se pueda enfrentar al nuevo proyecto transnacional del capital financiero que presiona por debilitar a nuestro gobierno? ¿qué clase de información hay que distribuir a las inteligencias del país para despetrolizar la economía mexicana y vivir lo más justamente esta etapa de transición energética y social por la que atravesamos?

¿Cómo convocar a través de la televisión a los principales sectores del país alrededor de un solo proyecto de crecimiento que le dé una nueva fuerza histórica del Estado Mexicano? ¿qué políticas culturales debe promover la televisión cuando observamos que la tasa anual de inflación está desmoronando las tradicionales instituciones sociales de nuestra comunidad? ¿qué informaciones hay que producir y cómo hay que distribuir las en el país para que impacten favorablemente como efecto multiplicador en los centros neurálgicos que generan el desarrollo nacional? ¿cómo los espacios televisivos nos pueden ayudar a disminuir la creciente tensión provocada por la insatisfacción de los mínimos humanos de bienestar social? ¿qué clase de programación hay que ofrecer a nuestra sociedad vía televisión cuando sabemos que después de 480 años de fundado el país, apenas en 1987 alcanzamos como promedio básico de conocimientos el 6o. año de primaria mental? ¿qué tipo de insertos publicitarios deben existir en nuestro país, cuando sabemos que para

84 millones de habitantes que viven en la República Mexicana, sólo existen 1800 bibliotecas públicas? ¿qué tipo de cultura nacional debe formar la televisión cuando sabemos que es urgentísimo aumentar en 7 millones de hectáreas las fronteras agrícolas del país para resolver las necesidades de alimentación de la población nacional en los próximos siete años de vida? ¿qué clase de cultura hay que impulsar a través de la televisión cuando en una década, desde 1977 a 1987, la participación del trabajo en la formación del Producto Interno Bruto se redujo un 63.5 por ciento, lo que significa que, el trabajador de salario mínimo, por lo menos ha laborado gratis durante 5 años y medio?

¿Qué carácter deben tener las telenovelas cuando nuestra sociedad terminó el pasado sexenio de gobierno con más de 17 millones de desempleados y de ahora hasta el año 2000 se tendrán que crear, por lo menos, un millón de empleos anuales para satisfacer la demanda básica de la población? ¿qué clase de spots promocionales se deben difundir de hoy en adelante por las televisoras de Estado, para gobernar civilizadamente al Distrito Federal, la ciudad más grande del mundo, que para finales de siglo tendrá 26 millones de habitantes y el Valle de México 35 millones? Ante el umbral del gran cambio tecnológico en el que estamos ¿qué cargas culturales hay que producir para que avance la reconversión industrial?

¿Qué concepciones debe difundir la televisión para incentivar un proyecto económico que permita producir a fin de crecer internamente y no para pagar los simples intereses de la inalcanzable deuda externa de más de 112,000 millones de dólares?

Creemos que la vía para lograr ésto debe partir de la localización de los grandes problemas nacionales que actualmente impiden el progreso de nuestra sociedad. Es por ello que frente a esta situación debemos cuestionar qué deben y pueden hacer las televisoras de estado para propiciar la resolución de los principales conflictos estructurales de nuestro desarrollo.

Hasta el momento podemos decir, en términos generales, que la información elaborada y diseminada por la televisión nacional, básicamente, ha surgido de los intereses espontáneos, de las presiones burocráticas, de los requerimientos coyunturales, de las "relaciones amistosas", de decisiones improvisadas, del "estado de ánimo" de los conductores, de propuestas experimentales, de la lógica del jefe, de las extremas presiones de tiempo que impone la producción televisiva, de intuiciones "creativas" de oportunidades comerciales de "compromisos



contraídos”, etcétera, pero no ha emanado de un examen profundo y sistemático de las necesidades estructurales que enfrenta y requiere satisfacer el proyecto de crecimiento de la nación. De aquí, el gran abismo que se ha producido entre la cultura televisiva que han inculcado las instituciones audiovisuales y las deprimidas condiciones de vida que soporta la población mayoritaria de los municipios del país.

Para evitar caer nuevamente en esta gravísima desviación, es imprescindible, por una parte, que las televisoras estatales planifiquen orgánicamente la elaboración de su información audiovisual a partir del diagnóstico de las principales carencias que requiere resolver cada zona de desarrollo de la nación. En otras palabras, a través de las televisoras y de otros medios de comunicación, se deben producir distintos paquetes emotivos e informativos envueltos en todos los géneros audiovisuales atractivos (telenovelas, mesas redondas, series informativas, programas grabados, películas, series de concursos, videos espectaculares, etcétera) cuyos contenidos generen una base de sensibilidad y conciencia que permita enfrentar las diversas urgencias que encara cada comarca de la República mexicana. Esto significa, que hay que elaborar a través de la televisión nuevas políticas de programación, y por lo tanto, de educación formal e informal de los públicos, que partan de la localización de los conflictos que determinan la vida de los auditorios.

Por otra parte, para abordar el progreso del país desde la televisión hay que generar, con anticipación a la presencia de los conflictos, un cotidiano proceso educativo de evolución de las mentalidades y no esperar a que las contradicciones alcancen dimensiones críticas y desproporcionadas para que sean consideradas por las políticas informativas de las televisoras. Desafortunadamente, ésta ha sido la tónica de funcionamiento generalizado que ha seguido la televisión mexicana: la sensibilización de la población a través de la programación va enormemente rezagada de las inminentes necesidades de desarrollo que hay que solucionar, y éstas se encaran, sólo a posteriori, cuando son realidades que adquieren proporciones alarmantes que ya son muy difíciles de controlar por los órganos de gobierno establecidos.

Por ejemplo, el caos ecológico no se abordó a través de la televisión, sino hasta que alcanzó la proporción de inversiones térmicas que redujeron la presencia del oxígeno para nuestras vidas. El problema del crecimiento demográfico no se enfrentó en sus principios, sino hasta que la concentración humana en manchas urbanas exigió la urgentísima planificación natal. La descentralización nacional no se planteó en los comienzos de la aglomeración social, sino hasta que la aguda falta de dotación de servicios y empleo en las ciudades exigió volver los ojos al interior del país. El desperdicio del agua no se abordó en su nacimiento, sino hasta que se agotaron los mantos acuíferos que nos dan la vida. La formación de una mínima cultura antisismos para el Valle de México, requerida desde hace décadas por ser muy vulnerable esta región ante los movimientos telúricos, se ha preparado raquíticamente sólo después de los devastadores terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985. La generación de una amplia cultura sexual que incluyese el empleo de preservativos y otros métodos preventivos para evitar el embarazo y el contagio de enfermedades venéreas, requerida urgentemente desde principios de siglo, no se impulsó televisivamente a partir del surgimiento de este moderno medio de comunicación en los años cincuenta, sino hasta 1988 cuando apareció masivamente la moderna peste negra

del siglo xx: el SIDA. El llamado a la solidaridad económica no se convocó ante los permanentes abusos de la clase gobernante, sino cuando la inflación llegó al 160 por ciento anual de deterioro del poder adquisitivo.

De no efectuarse esta urgente y estratégica racionalización del flujo televisivo, se seguirán produciendo monumentales volúmenes cotidianos de información innecesaria que no se relaciona con las exigencias subjetivas que requieren adquirir los públicos para resolver sus contradicciones materiales que desvían y atomizan las conciencias, evitando el avance social de los mismos con su consecuente retroceso humano.

Ante esta realidad, nos preguntamos ¿qué sentido tiene el que la televisión pública y privada inunde con 110 horas diarias, 770 horas semanales y 3080 horas mensuales de transmisión, los hogares mexicanos? ¿qué le deja a la maltrecha sociedad mexicana la importancia de miles de contenidos visuales? ¿qué le deja al país la difusión masiva de tantísima información desvinculada de nuestros principales problemas nacionales?

En la actualidad, nuestra República cuenta con la infraestructura de telecomunicaciones suficientes para provocar este avance de la sociedad mexicana. Por ejemplo, desde 1921 hasta la fecha la industria de la radiodifusión ha crecido a un ritmo del 7.7 por ciento anual que es una tasa superior a la de la expansión demográfica en este período. Incluso ha sido mayor a otras ramas de la comunicación más estratégicas para el desarrollo económico del país como son los ferrocarriles que en 71 años, es decir, desde la época postrevolucionaria de 1920 a la fecha sólo ha crecido un 25 por ciento, con un tendido de 5000 kilómetros de vías férreas.

Esta expansión vertiginosa de las telecomunicaciones ha generado durante 60 años, en el terreno material, una gigantesca capacidad instalada de 16,100 kilómetros de microondas con 224 estaciones repetidoras y 110 terminales; dos satélites de difusión doméstica (Morelos I y II), con 205 estaciones terrenas para televisión y radio (de las cuales 13 son estaciones transreceptoras) y 27 más en proceso de instalación; 875 estaciones de radio de las cuales 665 son de amplitud modulada (25 son culturales) y 200 de frecuencia modulada (11 culturales); 192 estaciones de televisión de las cuales 78 funcionan en convenios con empresas privadas y 111 son operadas por los gobiernos de los estados con patronatos locales; cuatro canales de cobertura nacional (2, 5, 7 y 13); 72 sistemas de televisión por cable; más de 16,000 videoclubes; 40 empresas dedicadas a la producción del video; y más de 3,500 salas cinematográficas con la presentación de aproximadamente 1,500 funciones diarias en el país.

En el campo de la formación de recursos humanos en comunicación, contamos con más de 60 escuelas de información; 15,000 docentes especializadas en esta área; 30,000 alumnos; y más de 100,000 profesionales formados de esta rama en toda la República.

Es por ello, que a principios de siglo, por la incipiente expansión de las comunicaciones masivas no podíamos adquirir rápidos y nuevos estados de conciencia colectivos que nos permitieran evolucionar aceleradamente por los rumbos que exigía el cambio global de la sociedad prerrevolucionaria. Pero fueron los procesos de comunicación lentos y aislados los que, poco a poco, en la medida en que entraron en contacto unos con otros fecundándose entre sí, gestaron la visión de un cambio profundo de la sociedad mexicana que dio origen a la Revolución de 1910.

Sin embargo, al contrario, ahora en 1988 contamos con un avanzadísimo sistema de telecomunicaciones electrónicas que pueden provocar una sistemática sensibilización de las conciencias a domicilio, para crear las mutaciones necesarias que requiere la producción del urgente proyecto de sobrevivencia de la sociedad mexicana.

La información gubernamental difundida por la televisión, no se dedicó sustantivamente a crear conciencia sobre las principales necesidades de la población en nuestro país.

Por lo mismo, *estamos convencidos de que las condiciones tecnológicas y de formación de recursos humanos para el cambio espiritual del país ya están dadas. Lo que queda ahora es efectuar el trabajo político para lograr la reorientación del contenido de tales avances electrónicos con el fin de impulsar el urgente salto mental que requiere nuestra sociedad.*

Creemos que de nada servirá el enorme esfuerzo administrativo, político, de innovación tecnológica, de capacitación de cuadros humanos, creativo, de organización, de movilización, etcétera que exige el nuevo proyecto de televisión pública, si toda esta infraestructura no es enfocada al cambio de nuestra mentalidad sobre los grandes problemas nacionales. Si la televisión no sirve para esto, nos preguntamos ¿qué sentido puede tener su presencia en el país? Si la televisión sólo colabora en entretener, divertir e informar pero no contribuye a la transformación humana de la población, ¿qué la puede justificar? Si la televisión no crea mayores niveles de conciencia colectiva sobre las trabas que impiden nuestro desarrollo, ¿cómo defender la ampliación tecnológica que durante más de 50 años ha logrado el Estado mexicano a través del tejido televisivo para llegar a la recámara, la sala y la cocina de todos los hogares mexicanos? Si no es útil para estos fines, ¿por qué no dar paso a otras relaciones de comunicación más vitales como son el encuentro familiar y los vínculos personales que tanto ha desplazado la presencia de la televisión?

Pensamos que, en este período de descomposición acelerada por el que atraviesa nuestra sociedad, el único sentido que fundamenta la existencia de la televisión, es el de aprovechar al máximo su gran potencial pedagógico para producir mayores niveles de conciencia colectiva sobre nuestras problemáticas, que nos sirvan para organizar a los municipios y delegaciones del país de forma que permitan recobrar los hilos perdidos del proyecto nacional y aminoren la crisis global que nos desintegra como nación. Por lo anterior, creemos que la razón de ser de la industria de la televisión mexicana y si alguna justificación tiene la presencia del Estado en ésta, es la de colaborar a conocer y sentir más a nuestro país para adquirir mayores niveles de claridad que nos permitan hacerlo progresar, y no desmovilizar y dispersar a la sociedad a través de la permanente diversión espectacular y el entretenimiento fugaz.

Por lo mismo, *estimamos que el seguir utilizando mayoritariamente la televisión para el esparcimiento equivaldría a aceptar que las principales carreteras del país, que también son vías de comunicación estratégicas, sólo se aprovecharan para transitar a los centros vacacionales, de descanso, los cabarets, los clubes de golf, las canchas de tenis, etcétera, y que por lo tanto, los transportes de carga, los automotores de trabajadores, los vehículos oficiales, los automóviles de negocios, los camiones de la industria de la construcción, etcétera, no pudieran circular por las mismas.*

Tenemos que entender que, el monumental esfuerzo material que ha hecho la sociedad mexicana durante más de 50 años para desarrollar el sistema nervioso televisivo del país, no responde a la necesidad de destinar este estratégico recurso cultural a la promoción publicitaria o al esparcimiento nocturno, sino al interés por enfocar estas herramientas para la educación y transformación mental del país frente a sus grandes conflictos de crecimiento, uno de los cuales, en un porcentaje mínimo, es el entretenimiento.

Por lo anterior, consideramos que con la misma cantidad de técnicas, los mismos estudios, la misma iluminación, los mismos desayunos, el mismo presupuesto, los mismos memoranda, la misma saliva, las mismas calorías, etcétera, que se dedican, hoy día, para producir la actual televisión, en su mayor parte parasitaria, se puede generar una nueva programación que propicie el desarrollo del país: la información de contenido social genera la superación de nuestra sociedad, y la comunicación de fuga de la realidad produce el retraso de nuestra nación. En el presente, *lo que le falta al Estado mexicano para lograr a través de la televisión este avance mental de la sociedad frente a su crisis de desarrollo son dos cuestiones: Por una parte, la elaboración de una nueva concepción de la función orgánica que deben ejercer los aparatos audiovisuales frente a las exigencias del crecimiento social. Y por otra, la presencia de una nueva voluntad política para lograrlo.*

En la actualidad, pensamos que en el terreno informativo hemos avanzado mucho con respecto a la innovación de nuevas tecnologías de comunicación; la forma especializada de cómo transmitir los datos; la manera de cómo abordar casi exhaustivamente la vista y el oído a través de imágenes y sonidos; la capacitación de cuadros altamente profesionales, etcétera; pero el gran problema es que todavía no sabemos cómo utilizar los canales de difusión para contribuir a resolver los grandes conflictos que encaramos en cada fase de nuestra evolución histórica. Por ello, *creemos que el proyecto de modernización de la televisión de Estado, enormemente solicitado por los sectores mayoritarios y representativos de la sociedad mexicana, no surgirá a partir de la adquisición de nuevas computadoras visuales para descomponer el color, de la incorporación del sonido estereofónico a la señal auditiva, del aumento de la cobertura televisiva, del enlace instantáneo de la señal a todos los rincones de los municipios, de la introducción de nuevos lenguajes visuales en la pantalla, de la modificación del logotipo de la imagen, etcétera; sino en la medida en que la televisión de Estado aborde el cambio de nuestras culturas cotidianas frente a los grandes problemas del país.*

Por lo mismo, insistimos en que, considerando a la televisión como la principal red educativa que existe en nuestra sociedad, la pregunta central sobre ésta no es cómo renovarla a través de la incorporación de nuevas tecnologías, sino cómo aprovecharla para la transformación mental de nuestra sociedad ante los principales obstáculos que le impiden crecer. La modernización del país no se logrará si no se construye a través de la televisión una nueva cultura ante nuestros dilemas de crecimiento.

Si los medios de comunicación no optan por la superación de los conflictos del país, nos cuestionamos ¿por qué la sociedad mexicana debe seguir pagando su funcionamiento parasitario? Como sociedad civil necesitamos despertar de la obscuridad mental en la que hemos permanecido muchas décadas, la cual nos ha impedido tomar conciencia de

que bajo cualquiera de las dos formas tradicionales de financiamiento, el mercantil o el subsidio público, finalmente, el funcionamiento de los medios lo acabamos pagando los receptores. Por el lado publicitario, debido a que el monto que se invierte en este rubro es cargado por las empresas como costo de producción al precio último de los productos que pagamos los consumidores. Por el del subsidio gubernamental, dado que proviene del erario público que se forma de los impuestos que aportamos los ciudadanos. De esa manera, la operación de los medios de comunicación en el país, bajo una u otra modalidad, siempre la pagamos los espectadores. Debido a ello, la televisión tiene la obligación irrenunciable de atender las necesidades de elevación del nivel de vida de sus auditorios.

¿Qué hacer culturalmente antes del principio de un nuevo milenio?

104

Por todo el panorama anterior, consideramos necesario remarcar que ante el proceso de desmembramiento agudo que vive nuestro país, la televisión no puede seguir funcionando con los esquemas de "relativa estabilidad social" de hace 40 años. Hoy tenemos que pensar cómo la televisión nos puede ayudar a dar un salto mental cualitativo de 50 años hacia adelante que nos permita madurar como sociedad y nos ahorre los enfrentamientos, los sufrimientos, las luchas, el autoritarismo y la represión que se vislumbra para las próximas décadas de la historia de México.

Por ello, la necesidad de que la televisión de Estado dé respuesta a los grandes conflictos del país es inaplazable: cada vez más el Estado mexicano se va debilitando y nos encontramos más cerca del desborde social.

Sabemos que lograr la transformación mental del país frente a nuestros grandes conflictos de desarrollo a través de las televisoras de estado es una empresa desafiante; sabemos que existen grandes inercias culturales que se oponen a la evolución de nuestra conciencia colectiva; entendemos que abundan múltiples intereses políticos que obstruyen esta misión; comprendemos que nuestro sistema económico nos impone límites mentales, etcétera, pero también advertimos que por poco que se pueda avanzar en esta línea es preferible trabajar sobre este horizonte, a seguir permitiendo que la televisión frustre nuestra evolución humana a través del despilfarro de nuestra energía, por las permanentes trampas de valores que producen los ciclos ideológicos del desperdicio cultural. La sociedad mexicana está plena de energía acumulada, pero fragmentada, la cual es necesario canalizar a través de proyectos culturales para devolverla a la sociedad y dar nuevos pasos históricos que nos superen como nación.

La evidencia empírica de la devastación parece señalar que más que avanzar en la base del desarrollo, que es la promoción del ser humano, hemos retrocedido en ésta, privilegiando la expansión material y tecnológica. Por ello, pensamos que el colaborar desde la televisión pública a descontaminar la atmósfera, a descentralizar la población nacional, a regenerar el ciclo ecológico, a racionalizar el uso de los recursos no renovables, a incrementar la producción, a elevar los mínimos de bie-

nestar social, a generar empleos para la juventud, etcétera, en una idea, a desarrollar la sociedad, no es romanticismo, sino exigencia elemental para nuestra sobrevivencia humana. Si no actuamos ahora a través de la televisión transformando nuestras mentalidades para estar más conscientes de nuestros problemas nacionales y de nuestras alternativas de solución como país, para el año 2000 heredaremos una sociedad enormemente más inhumana e inhabitable que la que ahora enfrentamos. Hoy la televisión pública tiene que dar salidas a la nación.

¿Qué clase de programación hay que ofrecer vía televisión cuando apenas en 1987 México alcanzó como promedio básico de conocimientos el 6o. año de primaria?

Frente a esta panorámica, paradójicamente encontramos que en nuestra República hasta el momento, el gobierno ha tenido suficiente voluntad política para realizar la reforma económica, la reforma moral, la reforma educativa, la reforma jurídica, pero por razones inexplicables no ha mostrado decisión política para ejecutar, la que a nuestro juicio es la modificación

más importante de todas ellas: la reforma mental del país a través de la transformación del funcionamiento de los medios electrónicos de comunicación nacionales. Esto es, no obstante que durante la década de los sesenta nuestra sociedad demandó la instauración de políticas de comunicación en el país, que durante el lustro de los setenta los principales grupos sociales de la República pidieron reiteradamente el establecimiento del Derecho a la Información, que en 1983 la "Consulta Popular sobre Medios de Comunicación" exigió por parte de más de 3,000 sectores la reforma profunda de la televisión, que a lo largo del pasado sexenio numerosas organizaciones políticas académicas y civiles solicitaron subrayadamente la descentralización de éstos, etcétera; en esa gestión política el Estado mexicano se interesó por enfrentar, en mayor o menor medida, el problema de la inflación, el conflicto del adelgazamiento del aparato gubernamental, el lastre del pago de intereses por los préstamos extranjeros, el obstáculo de la concentración industrial, el saneamiento de las empresas públicas, la ampliación de la salud, el fortalecimiento de nuestra política exterior, la modernización del abasto, la planeación urbana, etcétera, y no corrigió sustantivamente las grandes desviaciones culturales que se han producido por la actual operación de los canales modernos de información, especialmente de la televisión.

Teniendo infraestructura comunicativa de sobra para lograr un avance notable en el cambio de nuestra mentalidad colectiva, una vez más el cerebro de nuestra sociedad se mantiene aletargado y su crecimiento evoluciona a un ritmo más lento que el que exigen las necesidades de desenvolvimiento de la población mexicana.

Ello significa, que el problema de la transformación comunicativa del país es una realidad más álgida que la del pago de nuestra monumental deuda externa, porque lo que produce, en última instancia, la liberación de la conciencia de los seres humanos que mueve los órdenes establecidos por el poder. Una vez más, se confirma que la clase gobernante tiene mucho miedo al despertar de la conciencia de los nuevos grupos sociales; en una idea, le tiene pánico a la libertad de los hombres.

Por ello *pensamos que el gran problema de nuestra sociedad en estos momentos no es el desgaste de nuestro proyecto de crecimiento hacia dentro, o el abandono del sector agrario, o el desprecio de la armonía*

con la naturaleza, o la renegociación de nuestra deuda externa estratosférica, o la cada vez más aguda concentración demográfica en las ciudades, o el desempleo de la juventud, etcétera, sino el agotamiento de nuestro modelo de imaginación, del cual se ha derivado la gran derrota del país ante lo transnacional y frente al proyecto interno de acumulación.

Aceptar que se siga usando la televisión principalmente para el entretenimiento, equivaldría a que en las carreteras del país sólo se permitiera el tránsito a centros vacacionales.

Es decir, la problemática que hoy vivimos la encaramos, porque desde hacia varias décadas empezamos a perder la imaginación de lo que queremos ser como nación y adoptamos gradualmente, sin darnos cuenta, otra personalidad que no nos ha permitido fluir como país para ser quienes queremos ser. Por ello, no hemos tenido imaginación para reactivar al sector agrario del cual comemos. Asimismo a 480

años de fundado el nuevo proyecto histórico de la sociedad mexicana, no hemos tenido imaginación para explotar creativamente las dos fronteras gigantescas que tenemos con el universo y que no son la frontera norte con los EUA ni la sur; sino el Océano Pacífico y el Océano Atlántico a través del Golfo de México. Tampoco nos hemos ocupado por conservar la gigantesca cantidad de recursos naturales, ecológicos, zoológicos, etcétera, que nos otorga el natural proceso de evolución del sistema solar, sino que los hemos y los continuamos destruyendo. Por ejemplo, nuestro proceso de avance del "México moderno" ha destruido más de 7,000 especies de animales; ha erosionado más del 50 por ciento del territorio nacional; ha logrado que hoy en el Valle de México y en las principales ciudades "avanzadas" del país respiremos un oxígeno más acidificado, pues está compuesto por 70 por ciento de nitrógeno y sólo 30 por ciento de oxígeno; ha provocado que más de 20 millones de jóvenes no encuentren empleo cuando nuestra República tiene casi dos millones de Km² de extensión; ha ocasionado que anualmente se devasten más de 400,000 hectáreas de bosques, etcétera.

En una idea, creo que, en última instancia, en el fondo de nuestra sociedad, hoy no tenemos, propiamente una crisis política o económica, social o ecológica, de productividad o de empleo, etcétera, debido a que todas ellas no son sino la sombra de una realidad más profunda. Lo que vivimos en el presente es una intensa crisis de imaginación nacional y de capacidad político-organizativa para implementarla; realidad sobre la cual los aparatos de información, y en particular el de la televisión, juegan un papel central para afianzar el desarrollo de una nueva imaginación o para obstaculizar su nacimiento.

Sintetizando, podemos decir que en este sexenio, de no diseñarse las políticas de comunicación de las televisoras nacionales desde los principales conflictos que obstaculizan el desarrollo del país, se volverá a vivir la profunda contradicción existente entre la cultura nacional y el proyecto global que se ha arrastrado en las últimas décadas. Cada uno se disparará por senderos distintos: la cabeza social avanzará por un lado, y el cuerpo por otro.

No podemos olvidar, que para lograr la superación de la crisis nacional que nos enmarca se requiere de la producción de un nuevo eje cultural, el cual deberá girar en nuestro país, alrededor de la renovación de los medios de comunicación nacionales, y en especial de la televisión.

Sabemos que, ante el funcionamiento autoritario, la estructura vertical, la dinámica improvisada, el perfil eminentemente mercantil, su gestión en gran parte acrítica, su vinculación inorgánica con las necesidades prioritarias de nuestra sociedad, su alto centralismo y la falta de voluntad política de nuestros gobernantes para transformar los medios audiovisuales, que en su conjunto caracterizan la operación de la televisión en México; esta reflexión está cargada de una gran utopía; pero también sabemos que es la utopía elemental del rescate y conservación de la vida, por la cual tiene sentido luchar apasionadamente.